



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Sr. Dr. Dn.
Julio Arellano Portilla,
Profesor de Ginecología y
Vías Urinarias, fallecido
el 23 de Enero
de 1929.

Sr. Dr. Dn.
Luis Cabeza de Vaca,
Profesor de Terapéutica,
fallecido el 27 de
Febrero de
1929



DUELO UNIVERSITARIO

**Los Dres. Dn. Julio Arellano P.
y Dn. Luis Cabeza de Vaca**

La Facultad de Medicina y con ella la Universidad Central, ha enarbolado su pabellón de dolor, con la desaparición de los profesores Julio Arellano P. y Luis Cabeza de Vaca.

Hombres de meditación serena; tranquila, certera y calladamente, hicieron el Bien y derrotaron a la muerte. Y hoy, es Ella quien los cubre con su manto.

Con su cerebro destrozaron la ciencia y con su entusiasmo, empujaron a la juventud hacia la conquista del saber. Sean sus vidas, ejemplo y norma.

EL CONSEJO UNIVERSITARIO

profundamente impresionado por el fallecimiento del señor doctor don JULIO ARELLANO,

ACUERDA:

Dejar constancia del inmenso pesar que ha producido en el personal Superior y Docente la muerte del meritísimo Profesor que honró la cátedra de Ginecología en la Universidad Central;
Ordenar que los funerales se hagan por cuenta de la Universidad;

Disponer que, en señal de duelo, se icle a media asta, por tres días, el Pabellón Nacional en la Universidad;

Convocar a todo el Cuerpo de Profesores, Alumnos y Empleados del Establecimiento, para que asistan en corporación al traslado del cadáver y a las honras fúnebres;

Comisionar al señor Rector-Presidente del Consejo, para que en representación de él, tome la palabra en el momento de la inhumación;

Enviar una ofrenda floral; y,

Publicar este Acuerdo por la Prensa y remitir original a la familia del extinto.

Dado, etc.

Dr. A. Mosquera N., Presidente. — *M. E. Cadena Arteaga*, Secretario General.

LA FACULTAD DE MEDICINA, CIRUJIA, FARMACIA Y ODONTOLOGIA
DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Reunida en sesión extraordinaria, con motivo del fallecimiento del señor doctor don JULIO ARELLANO, y tomando en cuenta que contribuyó con su prestigio y saber al progreso y adelanto de la Facultad, en la cual, se desempeñó lucidamente como Profesor de Ginecología y Vías Urinarias;

ACUERDA:

Formar Guardia de Honor en la casa del duelo;

Suspender sus labores por tres días;

Asistir a los funerales del ilustre Catedrático;

Comisionar a su Decano, señor doctor Ricardo Villavicencio Ponce, para que, a nombre de la Facultad, tome la palabra en el momento de la inhumación del cadáver;

Enviar una ofrenda floral a la tumba del esclarecido Profesor; y,

Comunicar este acuerdo a los deudos del fallecido.

Dado en la Sala de Sesiones de la Facultad, en Quito, a 23 de enero de 1929.

(f) *R. Villavicencio Ponce*, Decano. — (f) *M. E. Cadena Arteaga*, Secretario General.

LA FACULTAD DE JURISPRUDENCIA Y CIENCIAS SOCIALES
DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL,

ACUERDA:

Hacer ostensible su dolor, por el fallecimiento del señor doctor don JULIO ARELLANO, distinguido catedrático de la Facultad de Medicina, quien, con infatigable labor, educó a la juventud;

Manifestar su duelo, enviando una ofrenda floral y asistiendo, en corporación, a las honras funerales.

Dado en la Sala de Sesiones de la Facultad, en Quito, a 23 de enero de 1929.

José A. Baquero L., Subdecano.— *M. E. Cadena Arteaga*, Secretario General.



LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL,

CONSIDERANDO:

Que ha fallecido el señor doctor don JULIO ARELLANO, ilustre Profesor de la Facultad de Medicina, en la cual, desplegó sus energías y su talento en favor de la juventud;

ACUERDA:

Manifestar su sentimiento de condolencia, asistiendo a los funerales del fallecido;

Enviar una ofrenda floral a la tumba del meritísimo Catedrático; y,

Publicar este Acuerdo por la Prensa.

Dado en la Sala de Sesiones de la Facultad, en Quito, a 23 de enero de 1929.

C. A. Espinosa, Decano.— *M. E. Cadena Arteaga*, Secretario General.

DISCURSO DEL SR. DR. DN. AURELIO MOSQUERA NARVÁEZ

Señores:

¡Qué ley tan cruel e inexorable es la de la vida! Nacer para sufrir y extinguirse talvez cuando las ilusiones y esperanzas le hacen apetecible. Y a todos nos alcanza el mandato implacable, desde el insignificante gusano que atisba silencioso esta tierra fúnebre y sagrada, hasta al cerebro y corazón que encienden las luces del Talento y la Virtud.

El cumplimiento inevitable de este destino inhumano que inmisericorde troncha existencias útiles y necesarias nos obliga constantemente a dirigir nuestros pasos hacia estos campos de indescifrable calma, de abrumador silencio y de aterradora tristeza, y es el mismo que también ahora nos ha congregado con el corazón henchido de amargura, a la orilla infinita y procelosa, a despedir al ilustre compañero, al meritísimo profesor universitario, al abnegado profesional, al desinteresado benefactor de la sociedad y clase desvalida, a quien le acaba de sorprender la noche eterna en la mitad serena y clarísima del día.

Aun cuando debemos hallarnos ya connaturalizados con la muerte y someternos callados a la cesación de la vida amenizada, como que es un atributo inherente a la humanidad, hay circunstancias en que los méritos excepcionales que distinguieron a la víctima escogida por los inescrutables designios de la naturaleza, nos aparta de esas verdades, para sumergirnos en hondas meditaciones y arrancarnos de lo recóndito del pecho el grito herido de dolor que es inconformidad en presencia de la magnitud de la desgracia. Esta es de aquellas, como lo demuestra el ambiente de consternación y duelo que nos circunda en este momento en que fijamos nuestra mirada, por última vez, en los despojos mortales del inmejorable amigo, que hasta ayer compartiera con nosotros las vicisitudes de la vida.

Desde los primeros momentos en que cundiera por los ámbitos de la ciudad, al despertar del nuevo día, la infausta noticia de la muerte del doctor Julio Arellano, una sensación de intenso dolor conmovió a los espíritus y un hálito de tristeza se reveló en los semblantes. Las multitudes no se engañan, ellas conocen a sus benefactores no olvidan los beneficios recibidos y si en el correr diario de la existencia no hacen ostentación de su reconocimiento, éste permanece sólo latente, para manifestarse ante la desaparición eterna de ellos abriendo generosamente su corazón

y derramando, entonces, los delicados sentimientos que le embargan.

¿Quién no conoció al doctor Arellano? ¿Quién que lo tratara no quedó como sugestionado por su palabra insinuante y cariñosa?

El doctor Arellano se distinguió desde estudiante, pues, consagrado con indecible vocación a la investigación de las ciencias médicas, únicamente se veía satisfecho cuando estaba abrumado por el excesivo trabajo, hasta el extremo de pasar su vida íntegra de universitario, recluso en los asilos consagrados a la caridad pública, allí, al lado de los enfermos, compartiendo con ellos las amarguras, siempre risueño, invariable en su carácter, noble en sus procedimientos y modesto hasta la exageración, cualidades reservadas a los espíritus nacidos para hacer el bien y que se presentan con el escudo blanco de las acciones altruistas. Ese ambiente al mismo tiempo que nutría su cerebro de sabias enseñanzas, modelaba su corazón haciendo de él un verdadero benefactor que más tarde difundiría el bien y sembraría la gratitud, que es la suprema recompensa a que pueden aspirar las almas generosas.

Graduado de doctor en Medicina y Cirujía con sobresaliente votación, auspiciado por las dotes excepcionales que le concediera su privilegiada inteligencia y conocido ventajosamente en la sociedad que apreciaba desde estudiante sus merecimientos, se abría en verdad un amplio campo para el ejercicio profesional. Sin embargo, esas cualidades no le enorgullecieron, antes por el contrario, como el verdadero filósofo, las cosas mundanas las miraba el doctor Arellano como transitorias y de ninguna significación, y sólo daba importancia a aquellas que emanando de un deber redundaban en beneficio de los demás. ¡Qué bello ejemplo de abnegación en esta época de positivismo mal entendido, llegar hasta el sacrificio y considerar todavía como insignificante la obra realizada!

Sin embargo, en medio de esa modestia que le era característica, de la retracción que sentía a las exterioridades que dañan a los hombres y contra sus aspiraciones de consagrarse únicamente a llevar el consuelo a donde impera la desgracia, no pudo sustraerse a la justicia que se le hiciera, obligándole a aceptar la Dirección de la Maternidad y el Profesorado de Ginecología de la Facultad de Medicina de la Universidad Central, pues si los enfermos reclamaban el remedio que calmara sus dolores, el menesteroso su protección, la juventud estudiosa necesitaba, igualmente, de las luces de su inteligencia que ilustrara las men

talidades ávidas de bondad y ciencia. Y el doctor Arellano, llenó de merecimientos, dirigió por muchos años como experto tocólogo, la Maternidad, que antes prestigiara como estudiante modelo y ocupó con derecho, la cátedra, que si de alumno fué distinguido, después la honraba hasta su muerte, con la difusión de su profundo saber.

Mas, en donde resalta la personalidad del Dr. Arellano es en la práctica de su humanitaria profesión, de la que hizo un verdadero apostolado. Pocos años le bastaron para sobresalir en la caritativa misión de hacer el bien: todos lo conocían, respetaban sus opiniones de médico versado en Obstetricia, recurrían a él llenos de confianza y nadie dudaba que las lágrimas del menesteroso eran la mejor recomendación con que alcanzarían el beneficio solicitado. Por eso su mansión que siempre estuvo abierta para recibir a los pobres, a los desheredados de la suerte que recurrían a su munificencia, se ha visto, en la noche de la velación de su cuerpo inerte, invadida por las diversas clases sociales, en especial por aquélla que sólo al llamamiento de un deber: los sollozos, lamentos, lágrimas e imprecaciones de dolor exhalados en presencia de la muerte, son el mejor elogio que puede hacerse de los merecimientos de Julio Arellano, dignificando con ello la vida ya extinguida y erigiendo, de esa manera, en el corazón agradecido, un santuario de eterna y justa recordación.

El Consejo Universitario de la Central, constituido en sesión extraordinaria con el objeto de exteriorizar su hondo sentimiento por la desaparición eterna de su meritísimo profesor Dr. Julio Arellano, entre los Acuerdos dictados para honrar su memoria, ha tenido a bien designarme, aunque inniercidamente, para hacer en su nombre un recuerdo fúnebre en la inhumación de sus despojos mortales. He aceptado su honrosa distinción, y al cumplir con el mandato recibido, sólo me resta dar el tristísimo y último adiós al ilustre y querido compañero que nos abandona en medio de la escabrosa jornada de la vida, dejando un bello ejemplo de abnegación y de virtud que debe ser imitado, especialmente, por las generaciones que se educan en los claustros universitarios.

DISCURSO DEL SR. DR. DN. RICARDO VILLAVICENCIO PONCE

Señores:

Tristes momentos que desgarran el alma causando dolores indescriptibles, son cuando la fatalidad y la desgracia nos obligan a dar un adiós a los seres queridos que se ausentan de nuestro lado. Y, ¿qué diré, señores, de los presentes momentos en que, a nombre de la Facultad de Medicina, debo dirigir la palabra ante los yertos despojos de uno de los más eminentes Médicos Ecuatorianos, para dar el último adiós, la eternal despedida a Julio Arellano, que hasta ayer le sonreía el porvenir, lleno de los encantos que brinda el amor de su familia, el sincero afecto de sus amigos y la gratitud de tantos seres a quienes arrancó de los brazos de la muerte, y de tantos otros que, como yo, tuvimos la suerte de tratarle íntimamente, descubriendo en su alma todas las características del perfecto caballero, del médico de conciencia escrupulosa, que hizo de su noble profesión un verdadero apostolado acudiendo, con la misma solicitud y esmero, tanto a la lujosa residencia del rico como al humilde lecho del pobre para luchar con el dolor.

Julio Arellano principió sus estudios de Medicina con verdadera vocación, y una prueba de ésto, es el éxito extraordinario con que desde los primeros meses sobresalía entre sus compañeros, por su talento y aplicación; notándose, desde los comienzos de sus estudios de Medicina, una excepcional afición a la cirugía. Siete años de estudios de medicina, fueron siete años de ininterrumpidos triunfos, galardonados muy justamente con las calificaciones más brillantes en sus exámenes.

He aquí, jóvenes estudiantes de la Facultad de Medicina, el modelo que os propongo, para que sigáis por las luminosas huellas que ha dejado tras de sí Julio Arellano, si aspiráis a ser ciudadanos útiles a la Patria, hombres de saber, profesionales respetables, y honra de la humanidad, a la cual consagró Julio los mejores años de su preciosa y fructífera existencia, con su constante estudio, su contracción al trabajo y sus solícitos cuidados, sin que jamás negara a persona alguna, por infeliz que fuese, sus importantes servicios.

Una prueba de lo que acabo de decir, es el grande aprecio que toda la sociedad de Quito, y aún de las provincias a donde era llamado, guardaba para Julio Arellano. Su caridad fue inagotable para los pobres; su constancia, la característica de su

profesión, que muy bien puede decirse fue un BENEDICTINO en la práctica de la Medicina. Pero entre todas sus relevantes cualidades, la que más distinguió a Julio Arellano, y que hacía resaltar aún más sus innumerables merecimientos, fue su modestia que rayaba en la más sincera humildad. Lejos de él la vanagloria y el alarde por sus diarios triunfos en el ejercicio de su noble profesión; lejos de él toda pretensión y antagonismo en su brillante carrera, y estas cualidades hicieron de Julio, el amigo leal y cariñoso, listo a prestar sus servicios en cualquier momento; el Profesor que con su ingénita bondad y sin egoísmos, transmitía a sus discípulos el resultado de sus largas horas de estudio y diaria práctica, mostrándose con ellos siempre solícito y siendo su verdadero amigo y camarada.

La ciencia médica ecuatoriana, está de duelo: pierde un Cirujano Obstétrico habilísimo; la sociedad quiteña lamenta la temprana desaparición de un verdadero benefactor; la Universidad Central, deplora la pérdida de una de sus glorias más eminentes; la Facultad de Medicina siente el intenso vacío que deja el sabio Profesor; sus discípulos, aquí presentes, tienen el alma desgarrada ante los fúnebres despojos de su maestro y amigo, y los Médicos perdemos a un compañero consultor erudito, muy erudito en su especialidad, y al modelo del profesional verdaderamente honrado, laborioso, desprendido, concienzudo, de una prudencia y reserva profesional verdaderamente edificantes.

Yo, señores, pierdo con la muerte de Julio Arellano, a mi mejor discípulo y mi más leal amigo médico.

Paz en la tumba de Julio Arellano, y que su recuerdo perdure en las generaciones, para imitar sus excelsas virtudes.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DOCTOR
DON. AUGUSTO EGAS

Señores:

No es elogio obligado de circunstancias, ni la hipérbole que la justicia tardía arranca de la flaqueza humana por quienes no pueden hacer sombra, los que resuenan junto a esta fosa querida, no; es una oración que traemos con el alma de puntillas, con el corazón a flor de labios y con el tributo de las lágrimas en homenaje de admiración y dolor para el hombre que, como el místico

doctor, no sintió la vanidad de la larga vida, sino el imperativo de que ésta fuera buena

En un solo sentir, no de la última hora, la de los convencionalismos, vertemos sobre estos caros despojos toda la riqueza de nuestros afectos que, justamente, supimos atesorarlos para él, cuando en medio de nosotros le contemplábamos extendiendo sus brazos para distribuir bienes.

Julio Arellano, a quien, en su temprana vida, la consideración de sus profesores y la consagración pública, en una de esas modalidades que hubo restado su título académico, como un alto honor que se dispensa al Maestro, a un hombre superior, fue un espíritu dilecto que como nadie supo del callar y del saber hacer.

Del mundo hizo un magnífico laboratorio para galvanizar el dolor humano con el oro de sus virtudes. Dotado de especial delicadeza de espíritu, tuvo la intuición unitaria de la humanidad que la veía surgir en sus manos entre cuadros de vidas que brotan y otras que se apagan. Esa realidad forjó su filosofía y de ésta nació su religión de amor y deber, su sacerdocio humanitario, porque eso creyó y sintió prácticamente, porque su inteligencia descubrió y afirmó sus relaciones vitales con el gran misterio de la vida.

Su egregia compleción moral siempre tuvo cerradas sus puertas así a las grandes pasiones como a las mezquinas que tanto desvían al hombre del sendero de la virtud, y sintiéndose solo y fuerte ante las individualidades, como si la existencia estuviera reducida a él y la humanidad, jamás se fatigó en sembrar el bien, jamás se cansó de cumplir el deber con anhelo religioso.

Fuegos fatuos fueron para él las glorias y triunfos de la vida; la materialidad de la existencia no sentó asidero en su alma y dentro de la concepción que tuvo de la igualdad humana, sus blancas manos rozaban con idéntico fervor los tules de seda como los toscos harapos.

Su abnegación no tuvo límites, e ignorando siempre el interrogatorio del quien, no supo sino del qué hay que hacer, y en este prodigarse consciente y querido el desheredado, el infeliz y el humilde acudían presurosos a la mano que operaba el milagro con amor y decisión.

La sala de la Asistencia Pública queda con un vacío muy difícil de llenar: quede allí flotando con altísima veneración el nombre de Julio Arellano, como un símbolo de amor y abnegación al semejante; quede allí su nombre guardado en el corazón de los menesterosos que han perdido a su benefactor y que ese nom

bre, para perpetua memoria de la ciencia y la humanidad, sea un alto exponente de estímulo que nos invite a ser buenos, y a llevar y sentir dentro de nosotros a la humanidad.

Todos aquí, ricos y pobres, grandes y humildes, la sociedad entera, con el corazón desgarrado, os damos doctor Julio Arellano, el eterno adiós, con el que no quisiéramos conformarnos.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DOCTOR DON
DANIEL B. HIDALGO

Con el derecho que dá una vieja amistad, cultivada desde cuando nos sentábamos, felices y risueños en los bancos del Colegio, y en virtud del mandato de un grupo de condiscípulos, vengo a bosquejar los méritos y virtudes del ilustre muerto.

La ciudad de Quito, está de duelo: ha perdido a uno de sus más eximios hijos.

El más grande cirujano en su especialidad del presente, acaba de descender a la tumba. Una de las virtudes más puras se ha extinguido.

Si el espíritu de una ciudad, en un momento dado pudiera concretarse en una sola palabra, para decir sus íntimos sentimientos y sus profundas congojas, esta palabra de la ciudad de Quito, de toda la ciudad, sería Gratitude; una inmensa gratitud para el gran médico, porque Julio Arellano fue un apóstol de auténtica filantropía, un ángel de caridad, amparo para el desvalido, bálsamo para el dolor.

Como Francisco de Asís, amaba con amor profundo a sus semejantes, así dejaba a su paso el perfume delicado de sus buenas acciones, y armado con las armas de la ciencia, hizo el bien a raudales; pródigo de caridad, cuando curaba, no sólo pedía a la ciencia sus secretos, sino que recurría al tesoro de su gran corazón para aliviar el dolor y dulcificar la gran amargura del vivir.

Amigo de sus amigos, como decía Cervantes al hablar de San Crisóstomo, fue magnánimo para sus enemigos. Las cumbres suponen abismos; las altas cimas han menester de hondas profundidades para formar el drama de la vida, y la más grande eminencia nacional, en la difícilísima ciencia de Pasteur, de Charcot, tuvo también sus enemigos emboscados, y la envidia,

producto del despecho mal encubierto por derrotas y postergaciones profesionales, quiso roer el granito inmovible de su valer científico; pero Julio Arellano se impuso con su sabiduría y su modestia.

El pueblo, con aquel instinto sabio que le hace ver a sus benefactores y a sus enemigos, comprendió que Julio Arellano, bueno como aquel mito maravilloso que la pluma de Víctor Hugo encontró en Bienvenido, era su protector en el infortunio, su salvador en el duro trance del dolor físico.

Salvó a muchísimas vidas, y he ahí una forma de heroísmo, que dice el salmo de la fecundidad y de la vida; que requiere una profunda ciencia, un gran corazón, un auténtico valor moral, diestra mano, fuego en el alma y frialdad en la idea.

No tuvo el heroísmo histriónico de falsos merecimientos, sino el que dá la ciencia y la virtud.

No tuvo aquellos triunfos estruendosos y teatrales, que valen tan poco y brillan con falso brillo. El gran triunfo del amigo sin tacha, del caballero sin mancha, del sabio auténtico, que construye su fama sobre hechos, consiste en haber protegido a la eterna fecundidad de la especie en diez mil casos.

Su fama la consagró, no un grupito de bombo mutuo, como hay tantos, sino el pueblo, todo el país, porque su nombradía salió de las lindes de su ciudad natal.

Las altas cumbres se levantan solitarias y envueltas en densas brumas de envidia inmotivada, de rivalidades destructoras. Para ellas el primer día de luz a todo sol, es el día fatal de la muerte, y es que la gloria y la fama son un sol que empieza a brillar desde el sepulcro.

Recoje, tierra fecunda, madre providente, los despojos de uno de tus mejores hijos que hizo honor a la virtud, a la bondad, a la caridad; guarda, gran madre, las cenizas benditas del gran amigo, del profundo sabio, del caballero sin mancha y sin manilla.

DISCURSO DEL SEÑOR FERNANDO CASARES DE LA TORRE

Señores:

El Centro de Estudiantes de Medicina y los Alumnos del séptimo Curso de la Facultad de Medicina de esta Universidad, me han dado el honroso encargo de traer la voz de ellos, en es-

tas dolorosas circunstancias en que nos despedimos de los despojos mortales del que fue señor doctor don JULIO ARELLANO.

Mi voz, pobre de suyo, es rica en estos momentos, sólo por representar el hondo pesar y la amargura que ha producido en el alma de los estudiantes la desaparición del escenario de la vida del que fue siempre cumplido caballero, excelente amigo y abnegado cirujano y profesor.

Ante la fosa del maestro, sólo lágrimas brotan de nuestros ojos. Es triste y cruel que se convierta en nada, en cenizas, un cerebro vigoroso, unas manos prodigiosas que en muchas ocasiones arrancaron su presa a la muerte y un corazón bellísimo merced a cuyos latidos se desarrolló una vida llena de amor para todos: para sus colegas, para sus discípulos, para la Sociedad, para los indigentes.

Todas las clases sociales se han apresurado a manifestar de manera elocuente su dolor. No podíamos los Estudiantes, dejar de hacer oír nuestra voz adolorida y sincera que llora por la desaparición del bondadoso profesor.

Por poco tiempo gozamos de sus enseñanzas. Con cariño nos habíamos acostumbrado a recibir sus clases en las que no sólo admirábamos al hombre de ciencia, al hábil cirujano, sino también al hombre recto, al afectuoso amigo. Breves fueron sus días sobre la tierra, muere en la plenitud de sus fuerzas, cuando la Ciencia y la Patria esperaban su valer.

No fue de los hombres de hojarasca, no fue polvo que se levanta y pronto vuelve al suelo del que salió, no fue hombre de relumbrón y de ocasión. Fue un valor puro, fue un exponente legítimo de cultura y de ciencia. No mercantilizó ni su nombre, ni su saber. Sus conocimientos vastos y profundos, su habilidad prodigiosa y sutil, su bondad abnegada y sincera, estuvieron siempre al servicio de quienes lo solicitaban: de sus colegas en todas ocasiones, de sus discípulos en el salón de conferencias, en las mesas de operación de los hospitales y clínicas, en la conversación amigable, sencilla y buena. Y de los enfermos en cualquier condición y circunstancia.

¡Pobre humanidad doliente! ¡Mucho tendrás que llorar antes que vuelvas a encontrar todo lo que pierdes con la muerte de nuestro querido doctor Arellano!

¡Adiós Maestro! Nuestro corazón se desgarró al abandonarte a la lobreguez del cementerio. Fuiste bueno, fuiste sabio; es tu mayor elogio. Pero míranos desde las regiones en que hoy te hallas y recibe con nuestras lágrimas la seguridad de que nunca morirá tu recuerdo entre nosotros.

¡Adiós Maestro! Recibe la sincera manifestación de pesar que nos abruma a todos los que fuimos tus discípulos.
Duerme en paz querido Maestro.

HE DICHO.

EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL,

Profundamente conmovido por el fallecimiento del Sr. Dr. Dn. Luis Cabeza de Vaca, Profesor de Clínica Terapéutica:

ACUERDA:

Hacer ostensible el pesar que ha causado en el Cuerpo de Profesores, personal docente y administrativo del Plantel, la sensible desaparición del ilustre catedrático;

Ordenar que los funerales se hagan por cuenta de la Universidad;

Disponer que, en señal de duelo, se icle, a media asta y por tres días, el pabellón nacional en la Universidad;

Convocar a todo el Cuerpo de Profesores, alumnos y empleados de la Universidad, para que asistan, en corporación, al traslado del cadáver y a las honras fúnebres; y

Publicar este Acuerdo por la prensa.

Dado en la Sala de Sesiones del Consejo, en Quito, a 28 de febrero de 1929.

El Presidente, *Dr. Aurelio Mosquera N.* — El Prosecretario, *C. A. Salgado.*

LA FACULTAD DE JURISPRUDENCIA Y CIENCIAS SOCIALES
DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL,

ACUERDA:

Expresar su sentimiento de pesar por el fallecimiento del distinguido Profesor de Terapéutica, señor doctor don Luis Cabeza de Vaca;

Asistir, en corporación, a las honras fúnebres; y,

Enviar este Acuerdo a los deudos.

Dado en la Sala de Sesiones de la Facultad, en Quito, a 28 de febrero de 1929.

El Subdecano, (f.) *José A. Baquero L.* — El Prosecretario, (f.) *C. A. Salgado.*

LA FACULTAD DE MEDICINA, CIRUGIA, FARMACIA Y ODONTOLOGIA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

reunida en sesión extraordinaria, con motivo del fallecimiento del meritísimo Profesor de Terapéutica, señor doctor don

LUIS CABEZA DE VACA,

y tomando en cuenta que contribuyó con su prestigio al progreso de la Facultad, y se desempeñó eficientemente en su cátedra,

ACUERDA:

Tributar su hondo sentimiento de dolor por el vacío que deja entre sus compañeros;

Asistir, en corporación, a los funerales del ilustre fallecido;

Enviar una Comisión de Profesores para que, a nombre de la Facultad, entregue este Acuerdo y dé el pésame a la familia;

Comisionar al Sr. Dr. Dn. Luis G. Dávila, para que, en representación de ella, tome la palabra en el momento de la inhumación del cadáver;

Suspender sus labores por tres días;

Enviar una ofrenda floral a la tumba del extinto; y,

Publicarlo por la prensa

Dado en la Sala de Sesiones de la Facultad, en Quito, a 28 de febrero de 1929.

El Decano, *Dr. R. Villavicencio Ponce.* — El Prosecretario, *C. A. Salgado.*

LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL,

Reunida en sesión extraordinaria, con motivo del fallecimiento del señor Dr. Luis Cabeza de Vaca, ilustre Profesor de Terapéutica de la Universidad:

ACUERDA:

Manifiestar el dolor que ha causado en la Facultad el fallecimiento del meritísimo Profesor;

Enviar una ofrenda floral a la tumba del extinto;

Comunicar este Acuerdo a la familia del ilustre fallecido, en especial al señor Decano de la Facultad; y,

Publicarlo por la prensa,

Dado en la Sala de Sesiones de la Facultad, en Quito, a 28 de febrero de 1929.

El Subdecano, *R. Andrade Rodríguez*.—El Prosecretario, *C. A. Salgado*.



DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DOCTOR

DON LUIS G. DAVILA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Señores:

Aún resuenan en los ámbitos de esta Capital los rumores de llanto y desolación que la muerte de uno de los más destacados exponentes de la Ciencia Médica ecuatoriana arrancó del alma de un pueblo agradecido, cuando otra vez, en peregrinación silenciosa y meditabunda, el cuerpo médico capitalino se ha congregado en este campo de soledad y misterio, do germina el dolor y florece el recuerdo, para dar su último adiós a otro compañero distinguido, a otro maestro de la juventud, que desde los albores de la vida universitaria supo orientar sus actividades por el sendero del estudio provechoso, en bieu de la humanidad doliente.

Luis Cabeza de Vaca perteneció a aquella generación de médicos poco comunes entre nosotros que modelan su personalidad, mediante el esfuerzo propio, con la sola ayuda de la investigación creadora, ordenada y perseverante, que no se improvisa

en la mendicidad de apoyo de los potentados, para surgir aunque sea a trueque de hundirse luego en el desprestigio y el fracaso.

Luis Cabeza de Vaca rehuyó el brillo del oro corruptor con que seduce la fácil remuneración burocrática a los espíritus pusilánimes, prefiriendo consagrarse exclusiva y tesoneramente al estudio en el enfermo y en el cadáver, en aquel libro sublime abierto por la naturaleza a las mentes robustas que anhelan encontrar la explicación del dolor humano en su esencia, para mitigarlo por lo menos si no es posible desarraigarlo del organismo que sufre. Y cuando la larga y penosa enfermedad, que debía llevarlo al sepulcro lo recluyó en el lecho del dolor, nuestro ilustre fallecido apela a su compañero favorito: el libro, y pone todo su empeño en nutrir su cerebro con las sabias enseñanzas de los grandes maestros del mundo entero, porque la esperanza de vivir para marchar siempre adelante no lo ha abandonado un sólo momento; pero su frágil organismo, minado por cruel dolencia, día a día se extingue, y muy a su pesar se ve obligado a separarse definitivamente de su libro, cuando sus macilentas manos se sienten invadidas por el hielo de la muerte y no pueden sostenerlo más... ! Ejemplo sublime de carácter y de amor al estudio, digno de ser imitado por quienes quedamos aún empeñados en la lucha incesante con la muerte.

Educado en la escuela de la horfandad, templó su carácter desde la juventud en la fragua de la dignidad humana. Para Luis Cabeza de Vaca no hubo dobleces, siempre altivo y sereno lo veíamos rendir pleitesía al trabajo que ennoblece, sin preocuparse del incienso que quema al pie de los falsos dioses.

Ahogada la civilización en la ola del positivismo avasallador que echó raíces en las trincheras abiertas por la guerra de 1914, Luis Cabeza de Vaca busca un refugio seguro en el cumplimiento del deber, se recluye dentro de su propio esfuerzo, se analiza a sí mismo con el ojo avisor de quien cultiva la verdad, aquilata su verdadero valer, sin apartarse ni un momento de aquel antiguo y siempre nuevo precepto esculpido en el templo de Delfos: NOSCE-TE IPSUM; y honrada y desinteresadamente encamina sus pasos a la conquista del saber. Muy pronto su nombre se convierte en símbolo de acierto y cultura, de abnegación y desinterés, de ciencia y modestia. La sociedad entera se disputa sus atenciones. Cura a muchos, alivia a no pocos, lamenta la impotencia de la Medicina en ciertos casos, y ante cada dificultad recobra mayores bríos, para estudiar mejor las causas de las frecuentes desiluciones profesionales. Cuando se sintió víctima de su mortal dolencia, contraída en las salas hospitalarias, junto al lecho de dolor que calmó diariamente, se encontró pobre, y hu-

bo de recurrir a la munificencia de sus compañeros sindicalizados, a fin de no morir de hambre antes que de la enfermedad, ya que todo el producto de su trabajo lo había destinado a la formación de una biblioteca médica y a la adquisición de materiales con que servir mejor a su clientela. El verdadero obrero de la ciencia no conoce las caricias de la comodidad.

Al andar de los años, robustecida su personalidad médica por el estudio incesante y orientada su voluntad hacia la investigación consciente y provechosa, la Universidad Central creyó llegado el momento de incorporar el nombre de Luis Cabeza de Vaca en el escalafón de los maestros de la juventud. En 1927 fue nombrado Profesor de una de las más difíciles cátedras universitarias, con el beneplácito de sus futuros compañeros de la Facultad de Medicina. La carga era demasiado pesada para su débil complexión, pero supo salir airoso en cualquier momento, redoblando las horas de trabajo. Su constancia muy pronto recibió el galardón bien merecido por los hombres de ciencia: su nombre no tardó en figurar entre los Profesores más prestigiosos de la docta Corporación a la que perteneció.

Por esto la Facultad de Medicina, a la que tengo el honor de representar en esta triste ceremonia, ha querido poner de relieve, de una manera sincera y espontánea, el hondo pesar que siente viendo disminuir sus filas por la eterna desaparición de sus mejores miembros, y se inclina reverente ante la tumba del joven maestro cuya muerte lamentamos en este infausto día.

Descanza en paz noble adalid del esfuerzo propio y de la constancia que todo lo vence!

DISCURSO DEL SR. DN. JUAN FRANCISCO ORELLANA.

Señores:

Comisionado por el Centro de Estudiantes de Medicina, vengo, señores, conturbado el espíritu por el dolor más acervo, a humedecer con las lágrimas de mis condiscípulos y las mías la tumba del eximio Profesor *Dr. Luis Cabeza de Vaca*.

En las circunstancias que actualmente nos rodean y cuando tales sombras de tristeza nos envuelven, quizá lo mejor que yo pudiera hacer fuera dejar caer sobre este yerto cadáver una plegaria, una lágrima.....y enmudecer; puesto que, siquiera en estos

instantes, nuestras almas se comprenden, señores, aún antes que el eco de mi palabra hiera vuestros oídos.

¡El Dr. Luis Cabeza de Vaca ha muerto! Cuando un ciudadano distinguido sucumbe a la ley inexorable de la naturaleza, la Patria debe derramar lágrimas. Enlutarse debe la ciencia cuando un Maestro se detiene en su carrera y se oculta para siempre en el ocaso de esta vida; y cuando un hombre honrado traspasa los umbrales del sepulcro y se duerme en el eterno sueño, la sociedad toda debe entristecerse.

Por eso Quito está de duelo. Cierto que la muerte es el complemento de la existencia humana; pero, si el mentor que nos ha dirigido en la senda escabrosa de la vida nos abandona; si el Maestro bondadoso no nos da ya sus consejos ni nos ilustra con sus enseñanzas, razón tenemos para lamentar su eterna desaparición del mundo de los vivos.

Aunque considerado como hombre público el *Dr. Luis Cabeza de Vaca* tiene rasgos sobresalientes por su dignidad, acendrado patriotismo y amor a la Justicia, no nos referimos ahora, cuando lloramos su muerte, sino al galeno esclarecido, al notabilísimo Profesor de Clínica Terapéutica en nuestra Universidad Central, al que tantos servicios prestó a la instrucción pública, y puso en todas ocasiones su gran talento y su vasta ilustración en la causa regeneradora del progreso. He ahí por qué la sociedad se ha conmovido al saber la infausta noticia; y todos los que comprenden cuánto vale un corazón generoso lloran la desgracia de la Patria.

Pero no es esta, señores, ocasión propicia para hacer el recuento de los hechos que constituyen la vida laboriosa del *Dr. Luis Cabeza de Vaca*; ni en estos instantes es posible poner de relieve los rasgos personales del que vivirá en nuestro recuerdo con los prestigios de una acción acertada y eficaz, en estos tiempos de incidencias difíciles y situaciones críticas.

¡¡Paz en la tumba del que pasó por la tierra haciendo el bien sin dejar huella alguna de dolor!!

Señores: triunfemos de la ausencia por el recuerdo!

He concluído.

Sr. Dn. Federico Araujo V.

Con la serenidad del vencedor en la lucha cotidiana, descendió a la tumba el Sr. Dn. Federico Araujo V., Regente de la Imprenta de la Universidad Central, cargo que lo desempeñó con honradez y cumplimiento por espacio de más de diez y ocho años.

«El Día» dió a conocer la muerte del señor Araujo, en estos términos:

«Ha dejado de existir un obrero laborioso, honrado, digno, que se llamó Federico Araujo V., hábil tipógrafo que por muchos años tuvo a su cargo la Imprenta de la Universidad Central, en calidad de Regente. Confiados a su mérito profesional y a su absoluta moralidad han permanecido esos talleres, seguros y bien dirigidos. Araujo fue un hombre que envejeció en el batallar cotidiano del trabajo, fortalecido por el amor de su hogar y guardando para él, lo que los hombres con frecuencia menosprecian: el nombre limpio de toda mancha, la conciencia libre de toda sombra.

Federico Araujo, seguramente, no deja a los suyos bienes materiales: pero les ha señalado con el ejemplo el modo de vivir honrado y dichoso en medio de las privaciones, patrimonio de los hogares modestos y laboriosos.

Con el más profundo respeto, y con vivo sentimiento de dolor, acompañamos a los deudos en su inconsolable tristeza.»





ÁREA HISTÓRICA
DE RENOVACIÓN Y DESARROLLO SOCIAL

Profesor Fernando Vidal

† EN PARÍS EN FEBRERO ÚLTIMO

LA FACULTAD DE MEDICINA, CIRUGÍA, FARMACIA Y ODONTOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR,

impresionada por el fallecimiento del Profesor Fernando Vidal, que contribuyó poderosamente al desarrollo de la Ciencia Médica;

ACUERDA:

Hacer ostensible su pesar a la Facultad de Medicina de la Universidad de París.

Dado en la Sala de Sesiones de la Facultad, en Quito, República del Ecuador, a 15 de Marzo de 1929.

(f.) *Ricardo Villavicencio P.*, Decano. — *M. Eduardo Cadena Arteaga*, Secretario General.

El Profesor Vidal

Un hondo sentimiento de pesar ha causado en el mundo científico la muerte del eminente clínico francés, Profesor Fernando Vidal, acaecida en París el mes de febrero último. Y es que entre todos los hombres de ciencia que han trabajado incesantemente por la humanidad, ha sido el Profesor Vidal una de las figuras más grandiosas.

Profesor de Patología Interna primero y de Clínica Médica después, hizo de la Cátedra el más sublime de los apostolados y su nombre y su fama se hicieron universales en todas las Facultades de Medicina y en todos los Laboratorios. ¿En dónde no se conoce la famosa reacción que lleva su nombre y que tantos servicios presta para el diagnóstico de la fiebre tifoidea? El suero de un enfermo puesto en contacto con el agente infeccioso, provoca después de pocos minutos la aglutinación microbiana. Hasta poco antes de 1896, se había creído que la reacción de aglutinación era algo normal en todos los organismos infectados y que no se producía sino muy tardíamente. Vidal llegó a probar, entonces, que la sero-aglutinación se la observaba desde el comienzo de las infecciones y que, por lo tanto, podía servir para el diagnóstico de las enfermedades, aun al principio de la infección. Así quedó incorporada a los laboratorios la sero-aglutinación de Vidal, precioso método de diagnóstico.

En el dominio de la Nosología, los trabajos del gran clínico del Cochín han sido de resultados fecundos para la ciencia. Desde los tiempos más antiguos se hacía sentir la necesidad de una clasificación metódica y exacta de las enfermedades. Hasta el siglo XIX esta clasificación tenía como base exclusiva los síntomas o síndromes clínicos, predominantes en los diversos casos observados; pero como muy bien lo hacía notar Laucereaux, esta clasificación a base sintomática tenía el grave inconveniente de reunir en un mismo grupo, afecciones de origen diferente. Hubo de abandonársela, por lo tanto, desde que Laennec, Rostan y otros, en 1819 comenzaron, según ellos, a dar a la Nosología una base más sólida y científica, clasificando las enfermedades según un principio exclusivamente anatómico. Si es cierto que esta Nosología produjo una grande revolución científica, hubo también de abandonársela después, precisamente por muy exclusivista. La lesión no es una enfermedad —se argumentó— sino una reacción del organismo contra el agente invasor. Sin embargo, la escuela

de Laeunec tuvo muchos adeptos durante largos años y así vemos que hasta no hace mucho las nefritis se clasificaban en intersticiales, epiteliales y mixtas. Hoy, por fin, después de los pacientes trabajos de Widal, se clasifican en clorurémicas, hidropígenas, azotémicas, uremígenas, hidrémicas, hipertensivas y mixtas. Esta clásica división de las nefritis es de actualidad en todo el mundo y aun ha sido aceptada ya por la escuela alemana.

En 1913 se puso nuevamente en discusión, la semiología de las ictericias. Hasta entonces predominaba la división de Gubler en ictericias hemafeicas o urobilinúricas y bilifeicas. En estas no existía lesión de la célula hepática; en las otras la célula hepática estaba profundamente alterada. Widal por sus famosos trabajos en el laboratorio del Cochin estableció con una claridad sorprendente la patogenia de las ictericias y sus estudios se dedicaron, de preferencia, a las ictericias hemolíticas demostrando netamente el papel de la resistencia globular y el estado de la célula hepática. Las ictericias hemolíticas se presentan siempre que en el organismo hay una causa de destrucción anormal y exagerada de los glóbulos rojos. Así quedó, definitivamente establecida la patogenia del síndrome.

En el Grande Anfiteatro de la Facultad de París resonará siempre el eco de sus magníficas conferencias a las que había que ir desde muy temprano, para no ser *bousculé* por la multitud de asistentes. Las cuatro de la tarde era la hora de la conferencia y el Profesor Widal penetraba al gran recinto acompañado de sus Internos y Jefes de Clínica y en medio de una prolongada salva de aplausos. "Dos mil palmas lo saludan —dice Alexandro de Tralles— y las cien pupilas eléctricas que forman un arco de luz ofuscaute, ponen en sus ojos un brillo de audacia y de grandeza. He podido observarlo muy de cerca, desde uno de los primeros escaños; en el gesto suyo hay no sé qué de imperio y de imposición ante el numeroso público que lo escucha. A pesar de sus negras pupilas dominadoras, no puede conservar la actitud reposada de un hombre que hablase como la generalidad de los hombres; necesita caminar, necesita detener sus manos cuando por sus labios sale un raudal de ciencia; de aquí que se le ve llevar y traer la silla donde no se ha sentado jamás. Es curiosa esta nerviosidad del Profesor Widal: en ocasiones coloca la silla en tal posición, que él mismo se impide caminar como lo exigen sus nervios y como lo pide la gravedad del momento. Widal no cabe en el hemicírculo del Gran Anfiteatro. Yo lo he observado y sentido ganas de reír y también mis nervios se han sublevado ante el cuadro de aquellas neuronas del eminente orador. Para hablar con el brillo de su dicción científica, debe sufrir grande-

mente el sabio de Cochín: ya he dicho que no cabe en el hemicíclo del Gran Anfiteatro; camina de un extremo a otro y traslada la silla en la cual no se ha sentado jamás: sólo le ha servido para descargar en él a el exceso de potencial nervioso. Además, a ratos lleva el índice y el medio por cima de la corbata y se rasca algo que talvez no sea sino consecuencia de auténtica manía, quizá el punto donde brote el fluído que lucha por cohibirle la clara conferencia, clínica”

Difícil es en verdad, encontrar un orador más famoso que Widal. Palabra fluída, fácil dicción y arrebatadora elocuencia caracterizaban la oratoria brillante y sugestionadora de aquel hombre. De los maestros que conocimos, Widal, Blanchard y Dotper han sido los más grandes y elocuentes oradores.

La obra del Profesor Widal, en todos los aspectos que se la considere, ha sido grande, inmensa y de benéficos resultados para la humanidad. Apenas hemos esbozado algunos rasgos del eminente clínico ya que el análisis completo de esa ilustre personalidad, lo harán algunas plumas maestras. Con la desaparición del Profesor Widal el mundo pierde un gran sabio y la ciencia, uno de sus más altos exponentes.

CARLOS R. SÁNCHEZ

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS